

der al autor de ellas? Y por esto gran locura es la de los hombres que no creen que podrá ser lo que ellos no pueden entender, siendo tantas las cosas que no alcanza nuestra rudeza.

Todo lo sobredicho hallará el prudente maestro declarado en la cuarta parte del libro alegado en el diálogo tercero, que trata de la santísima Trinidad; y de allí podrá tomar lo que le pareciere mas fácil, y mas acomodado á la capacidad del enseñado, añadiendo que estamos obligados á amar y servir á nuestro Criador con todas las potencias de nuestra ánima, entre las cuales tienen el principado el entendimiento y la voluntad; y así como el mayor servicio que le puede hacer la voluntad, no es cuando ama los amigos, sino cuando por su amor ama los enemigos, así el mayor que le puede hacer nuestro entendimiento, no es cuando entiende las cosas claras que se alcanzan por razon, sino cuando se cautiva, y mortifica, y humilla, creyendo las cosas que exceden la facultad de la razon, cuando lo manda Dios.

CAPITULO VIII.

Del inefable misterio de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios.

El mas alto misterio que profesa la Fe y Religion cristiana, es el de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios. Por tanto el que desea declarar este misterio, conviene que vaya prevenido con muchas y fervientes oraciones, y confíe en el Señor, cuya es esta obra, que no le faltará. Porque pues él fué poderoso para hacer creer al mundo que un hombre crucificado entre ladrones era Dios, criador de los cielos y de la tierra, y que de tal manera lo creyese, que millares de cuentos de hombres padeciesen mil géneros de tormentos por esta verdad, tambien lo podrá hacer ahora, pues la obra y la gloria de ella es suya. Podrá pues el que enseña, proceder de esta manera.

En la plática pasada declarámos como en la Fe y Religion cristiana habia algunas cosas que se alcanzaban por la lumbre de la razon natural, y otras mas altas que exceden la facultad de la razon, entre las cuales la mas principal, y la que es fundamento de nuestra Fe, es creer que la segunda persona de la santísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, descendió del cielo

á la tierra para dar órden cómo los hombres subiesen al cielo; que es para que viviesen con tal santidad y pureza, que mereciesen ir á gozar de Dios en su gloria.

Y porque este misterio es muy alto, así como á los lugares altos no podemos subir sino por muchos escalones, así tampoco podemos llegar al conocimiento de este misterio tan alto, sino presuponiendo algunas sentencias, que sean como escalones para venir al conocimiento de él. Entre los cuales el primero es saber, que la inmensa bondad de Dios es el principio y causa de todas cuantas obras ha hecho y hará siempre. Por esta crió el mundo, y por ella lo gobierna y provee de todas las cosas, sin embargo de las ofensas que cada dia recibe de los hombres ingratos, *haciendo salir su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre las tierras de los justos y de los pecadores* (1). Este es el primer escalon de esta subida.

El segundo es entender que la condicion y naturaleza de la bondad es hacer bien, y comunicar el bien que tiene á todos; y como Dios sea sumamente bueno, así cuanto es de su parte, es sumamente comunicativo de sus bienes á sus criaturas, y á cada una segun la capacidad y condicion de su naturaleza. Y así vemos como á los animales brutos dió todas las facultades y habilidades que sirven para su conservacion, y cada año los multiplica de nuevo, y así los provee de nuevo pasto y mantenimiento con que se sustenten y vivan, porque no es capaz la naturaleza de estos animales de mayores bienes que estos.

Pero como Dios sea sumamente bueno, y así sea sumamente comunicativo de sus bienes, no se contenta con la comunicacion de estos bienes tan bajos, sino determinó criar otras mas altas criaturas, á las cuales comunicase las riquezas de su misma bienaventuranza y gloria. De modo que siendo él glorioso y bienaventurado con la vista de su misma hermosura, fué tan magnífico y liberal, que no quiso ser él solo bienaventurado, sino crió tambien dos órdenes de criaturas nobilísimas, hechas á su imágen y semejanza, para que fuesen capaces de su gloria; que fueron los ángeles y los hombres: los ángeles en el cielo, y los hombres en la tierra: los unos, que son sustancias espirituales sin cuerpos, y los otros con cuerpos, como son los hombres, que de cuerpo y espíritu están compuestos.

(1) *Matth.* 5.

Mas porque las obras de Dios son perfectas como él lo es, así como crió estas dos órdenes de criaturas para tan alto fin, así las proveyó de todas las virtudes y perfecciones que para conseguirle se requieren. Porque como en los palacios de los reyes no se admiten los hombres andrajosos y desharrapados, sino muy bien ataviados y vestidos, así en aquel palacio celestial, donde reside el Rey de los reyes, no pueden entrar los hombres sensuales y carnales, porque estos son los andrajosos y mal vestidos que allí no son admitidos.

Mas con esta condicion concedió el Criador esta dignidad á los unos y á los otros: que siéndole fieles y obedientes, y usando bien de la gracia y beneficios recibidos, alcanzasen este bien soberano; pero si hiciesen lo contrario, lo perdiesen por su pecado: porque esto pide la rectitud y orden de la divina justicia.

Dejemos ahora los hombres, y tratemos de los ángeles, los cuales se dividieron en dos partes; porque unos, reconociendo que todos los bienes que tenían, eran de Dios, dados graciosamente, se humillaron profundamente ante su acatamiento, y se ofrecieron con toda su voluntad y amor á ser perpetuamente sus fieles servidores, y obedecer á sus santos mandamientos. Y porque los ángeles son de tal cualidad, que nunca se mudan como los hombres en lo que una vez se determinan, por esto fueron luego confirmados en gracia, y levantados á la vision beatífica de la divina hermosura; y en ella perseveran, y eternamente perseverarán.

Mas entre los ángeles hubo uno hermosísimo y perfectísimo, que, segun siente san Gregorio (1), era el mas alto de todos; el cual habiendo de ser mas agradecido, y mas humilde, y mas sujeto al Criador que así lo habia sublimado, no lo hizo así, sino enamorado de su misma hermosura, se ufanó con ella, y deseó alcanzar por sus propias fuerzas la semejanza de Dios. Por lo cual, como desagradecido y soberbio, fué desterrado de aquel glorioso lugar donde no habitan sino los humildes; y porque otra gran muchedumbre de ángeles siguió el ejemplo y consejo de este maldito ángel, fueron juntamente con él desterrados del cielo.

Los cuales estando obstinados en su malicia, y desesperados de volver al lugar que perdieron, tienen un rabioso odio contra

(1) *Greg. in Evangel. hom. 34.*

Dios que los condenó, y trabajan con todas sus fuerzas y artes por oscurecer su gloria, y apartar á los hombres de su servicio, y de la guarda de sus mandamientos. Y como ellos no pudieron alcanzar aquel principado que pretendian en el cielo, trabajan por alcanzarlo en la tierra, engañando los hombres miserables, y haciéndose adorar de ellos en los idolos, por los apartar del culto y veneracion del verdadero Dios, y introduciendo en el mundo mil diferencias de sectas y falsas religiones; tanto que en solas las islas de Japon dicen haber veinte y cuatro sectas diferentes, en las cuales, dejado el verdadero Dios que rige los cielos y la tierra, adoran las estatuas de los demonios. A otros persuade que las ánimas que tenemos, son mortales, y que no hay mas que nacer y morir; y asentado esto, entréganse á todos los vicios, y codicias, y robos, y carnalidades, como gente que ninguna cuenta tiene con Dios. Y así viven como puras bestias, que no sienten, ni buscan mas que lo presente, ni procuran mas que los bienes del cuerpo; teniendo entendimiento y ánima racional, capaz del mismo Dios, y hecha á imágen de él, pues tienen entendimiento y voluntad, y libre albedrío como él.

§ I.

Dignidad y gracia en que Dios crió al hombre, y su lastimosa pérdida por la culpa.

Dejemos ahora al ángel, y vengamos al hombre, el cual, como está dicho, crió Dios para el mismo fin que el ángel. Para lo que sirve á este propósito, se puede ayudar el doctor de lo que se contiene en este *Sumario*, en el capítulo tercero del tercer tratado, declarando las gracias y preeminencia con que Dios crió al hombre para conseguir este fin; y lo segundo, cómo cayó y perdió esta gracia y justicia original que habia recibido, y los males en que incurrió por esta pérdida. Entre los cuales el mayor es nacer con una inclinacion habitual de amar mas á sí y á sus cosas que á Dios: del cual amor proceden todos los pecados del mundo y toda la corrupcion de la vida humana.

Para cuyo entendimiento es de saber que de este amor propio, cuando está desordenado, nacen aquellos tres malos amores que san Juan escribe (1), que son amor desordenado de la

(1) *1. Joann. 2.*

honra, y de la hacienda, y de los deleites sensuales; y de estos tres amores, cuando están desordenados, proceden todos los pecados del mundo. Porque comenzando por el desordenado amor de la honra, ¿quién podrá explicar las guerras, las muertes, las vanidades, los trajes, los gastos y prodigalidades de excesos que trae consigo el amor desordenado de la propia excelencia, y del querer mandar, y aventajarse, y señalarse entre los otros? Pues de la codicia del dinero ¿cuántos engaños, cuántas marañas, cuántas usuras, cuántos robos, cuántas tiranías, cuántas injusticias y cuántas opresiones de pobres han nacido? Pues los pecados que se siguen del amor excesivo de los deleites corporales, quién los explicará? Porque de aquí procede la gula con todas las invenciones de manjares y sabores exquisitos y golosinas que los hombres sensuales han inventado, con los gastos excesivos que para esto se requieren; de aquí las carnalidades, y lujurias, y deshonestidades, y torpezas, y hechicerías, y adulterios, y muertes de hombres que de aquí se han ocasionado; y de aquí se siguen las envidias de los que nos pasan adelante, y las iras y venganzas de los que ponen impedimento á nuestros apetitos y deseos; y de aquí se derivan los bandos, y parcialidades, y odios, y enemistades, que duran toda la vida. Y por abreviar, de aquí nacen todos cuantos pecados se hacen en el mundo, porque ninguno peca sino con alguna pretensión ó interés, y deseo de alcanzar algo de lo susodicho. Esta es pues la raíz y dolencia de todos los hombres, los cuales nacen con esta perversa inclinación; y esta procede de haber el hombre perdido la gracia y justicia original con que Dios lo crió.

De este mal tan grande se siguen otros tres grandes males; entre los cuales uno es estar los hombres en desgracia y enemistad de Dios, el cual, como sea infinita y suma bondad, aborrece sumamente al malo, en cuanto malo, y á su maldad. Y de esta enemistad se sigue que no tiene él de los tales aquel cuidado y providencia paternal que tiene de los que le sirven y aman; y así el demonio, viéndolos en este estado, entra en ellos, y se apodera de ellos, y los derriba en mil despeñaderos de pecados y males, así del cuerpo como del ánima.

Y de aquí se sigue el postrero de todos los males, que es quedar el hombre desterrado de la compañía y gloria de Dios y de todos los bienaventurados, y sentenciado á las penas del infierno. Este es pues en suma el estado miserable, en que el

hombre quedó por el pecado; y digo por el pecado, porque está claro que no habia de criar aquel sapientísimo artífice Dios al hombre con tan rebeldes inclinaciones, y tan contrarias á su mismo Hacedor y señor, pues todas sus obras son perfectas como él lo es, sino el pecado junto con el demonio que lo atizó, fué causa de esta tan grande repugnancia y desorden.

§ II.

Como determinó Dios humanado remediar al hombre caído.

Explicada esta dolencia, declare como nuestro Señor por las entrañas de su misericordia determinó remediar al hombre caído, por la mas alta manera de remedio que se podia hallar, que fué descendiendo del cielo á la tierra, vestido de carne humana, y ofreciéndose, como verdadero hombre que era, en sacrificio por la salud del mundo.

Preguntará alguno: ¿por qué causa aquella suma sabiduría escogió este medio, tan costoso y trabajoso, para nuestra salud y redencion? Á esto brevemente se responde, que la causa fué los inestimables bienes y provechos que de aquí se siguieron para la santificación y salvacion de nuestras ánimas, que es, para hacernos buenos y bienaventurados, como él lo es, de los cuales careceríamos, si por otro medio fuéramos redimidos. Y puesto caso que él pudiera acabar este negocio por otros muchos medios si quisiera; mas esta es regla general en todas las obras de Dios, que comunmente no mira él lo que puede hacer de poder absoluto, sino lo que conviene á la gloria de su santo nombre y al remedio de nuestras miserias; y para esto ningun medio habia mas excelente que este, como en el progreso se verá.

Pues teniendo respecto á lo dicho, confesamos que ningun medio habia mas eficaz para la santificación y reparacion del hombre, que este. Para lo cual es de saber que en dos cosas consiste la perfeccion del hombre, que es en la reformation de su entendimiento y en la de su voluntad: que son las dos partes principales en que consiste el ser del hombre, por las cuales se dice ser hecho á imágen y semejanza de Dios. Por donde, reformadas estas dos partes, y puestas en su perfeccion, queda el hombre reformado y perfeccionado. Pues para esta reformation ninguna cosa hay debajo del cielo que mas sirva, que el misterio de

la sagrada pasion. Lo cual se declara brevemente en el tercer tratado de este *Sumario*, y señaladamente en los capítulos 5, 6, 7, 8 y 11; y de aquí tomará el maestro lo que mejor le pareciere para la prueba y declaracion de lo susodicho, por no repetir aquí lo que allí está declarado.

Y por lo contenido en estos capítulos parece claro cuán grandes ayudas se nos dan en la sagrada pasion para la santificacion y justificacion de nuestras ánimas; esto es, cuánta luz para el conocimiento de nuestro Criador, y cuántos motivos y estímulos para todas las virtudes, y para cada una de ellas en particular. Porque quien atentamente considerare este negocio, hallará que de tal manera nos ayuda la sagrada pasion á alcanzar cada una de estas virtudes, como si para sola ella fuera ordenada, y no para las otras. Porque si tratamos del amor de Dios, ¿qué cosa mas poderosa para encender en nosotros este amor? si de la humildad, ¿qué cosa mas eficaz para humillarnos? si de la paciencia, si de la obediencia, si de la mansedumbre ó de cualquier de las otras virtudes, ¿quién no ve cuántos motivos tenemos en la sagrada pasion para todas ellas?

CAPÍTULO IX.

Como la suma de todo nuestro bien consiste en la caridad y amor para con Dios, y cuán grandes impedimentos tenían los hombres para levantarse á este amor; y por cuán alta y singular manera los quitó el Salvador por medio de su sacratísima encarnacion y pasion.

Ahora es de saber que entre estos grandes frutos de virtudes que se siguen de la sagrada pasion, uno de los mas principales fué encender los corazones de los hombres en el amor de su Criador, como él mismo lo declaró cuando dijo (1): *Fuego vine á poner en la tierra; ¿qué tengo de querer sino que arda?* Para cuyo entendimiento es de saber, que el amor de Dios es el fin de todas las leyes y mandamientos divinos, porque todos ellos se ordenan á este divino amor, sin el cual ninguna cosa agrada á Dios, y con el cual todas las cosas le agradan. Ni él pide ni quiere de nosotros otra cosa mas principalmente que este amor, porque

(1) *Luc. 12.*

en él se comprenden todas las otras virtudes con que él es servido. La razon de esto es, porque el que de verdad y de todo su corazon ama á Dios, desea tambien con el mismo ímpetu y fuerza agradarle; y como sepa que ninguna cosa le agrada sino solas las virtudes y buenas obras, de aquí es que con el mismo ardor que se mueve á amar á Dios, se mueve tambien al amor de todas estas virtudes. Y del mismo amor, de do procede el deseo de agradarle, tambien procede el temor de ofenderle. Y porque ninguna cosa le ofende sino solos los pecados, de aquí le viene un tan gran aborrecimiento de ellos, que ántes se ofrecerá á perder la vida y mil vidas, que ofenderle. Por lo cual todo se ve que el amor de Dios no solo es fin de todos los mandamientos divinos, sino tambien un compendio y sumario de ellos. Y por esto dijo el Apóstol (1): *Qui diligit, legem implevit; plenitudo enim legis est dilectio.*

Mas con ser este un tan grande bien, eran grandes los impedimentos que los hombres tenían para amar á Dios, si carecian de fe, porque el amor presupone conocimiento de la bondad de la cosa que ha de ser amada. Y por esto dijo san Agustin (2), que podemos amar las cosas que nunca vimos, mas no las que no conocemos. Pero el conocimiento que los hombres sin fe tenían de Dios, era muy flaco y muy incierto, porque como nuestra ánima, miéntras mora en la cárcel de este cuerpo, no pueda entender sino lo que entra por las puertas de los sentidos corporales, y Dios nuestro Señor como espíritu purísimo esté levantado infinitamente sobre todo lo corporal; de aquí es que ni él puede entrar por estos sentidos, ni ser conocido por ellos. Tenían tambien los hombres ignorancia de todas aquellas perfecciones divinas que sirven para encender nuestro amor para con él, porque no sabian si él tenia providencia y cuidado de las cosas humanas, pues muchos filósofos la negaron, y así no sabian si tenia misericordia para socorrer á nuestras miserias, y justicia para castigar nuestras culpas; y tampoco tenían noticia del amor que Dios tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos. Y según lo dicho, tampoco sabia el hombre si era amado de Dios, ó no; y así le faltaba el mayor incentivo de amor, que es ser amado del que quiere amar.

Pues de este amor divino para con el hombre estaba él muy

(1) *Rom. 13.* (2) *De Trinitate, lib. 10. cap. 1. tom. 3.*

dudoso, porque no veía él en sí cosa digna del amor de este tan grande y tan prudente amador. De lo cual aun los santos se maravillaban; y así decía uno de ellos (1): *¿Quién, Señor, es el hombre, para que tú le engrandezcas, y para que pongas en él tu corazón, que es tu amor?* De lo mismo se maravillaba David (2), como quien tan perfectamente conocía la vanidad y bajeza del hombre. Siendo pues esto así, faltaba al hombre el mayor estímulo de amor, que era saber si era amado de Dios, pareciéndole que cosa tan vil no podía ser amada de tan gran señor.

Habia también otras causas para dudar de este divino amor. Porque comun sentencia es de los sabios, que la semejanza es causa de amor; pues según esto, ¿qué semejanza podía haber entre el hombre y Dios? Dios altísimo, y el hombre bajísimo; Dios riquísimo, y el hombre pobrísimo; Dios felicísimo, y el hombre miserabilísimo; Dios inmortal, y impassible, y el hombre mortal, y pasible; Dios la misma bondad, el hombre lleno de toda maldad; Dios espíritu purísimo, y el hombre cercado de carne impurísima; finalmente, Dios invisible, y el hombre visible y tan sujeto á este sentido, que apenas puede amar lo que no ve.

Sobre todo esto era grande impedimento para este amor la distancia de los lugares, que es, Dios en el cielo entre los ángeles, y el hombre en la tierra entre los gusanos. Asimismo era grande impedimento la distancia de las naturalezas divina y humana; que es la mayor desemejanza y desproporción que hay para fraguarse este amor, pues el amor es unión de los que se aman, y se hacen entre sí una misma cosa por amor. Por donde no se puede negar sino que todos estos impedimentos tenían los hombres que carecían de fe, para amar á su Criador.

§. I.

Por el misterio de su sagrada humanidad quitó el Salvador todos estos impedimentos de su amor.

Viendo pues esto el Hijo de Dios, y conociendo que todo nuestro mal era carecer de este santo amor, y todo nuestro bien tenerle; movido con entrañas de infinita caridad y misericordia, determinó cortar de raíz y de un golpe todos estos impedimen-

(1) *Job.* 7. (2) *Psalm.* 143.

tos de nuestro amor para con él. Mas de qué manera? O admirable Dios en todas sus obras! Con solo el misterio de su sacratísima encarnación quitó perfectísimamente todos estos impedimentos de su amor; porque por medio de ella el que era invisible, se hizo visible, y el que era espíritu purísimo, se vistió de carne flaca, y el que era Dios, se hizo hombre, y el que era señor, se hizo nuestro hermano, y el que era inmortal é impassible, se hizo mortal y pasible, y el que estaba exento de todas las miserias, se sujetó por nuestro amor á ellas. Lo cual divinamente nos representaron Elías y su discípulo Eliseo (1), porque para dar vida á un niño muerto, se tendieron sobre él, encogiendo sus cuerpos á la medida del niño, poniendo sus ojos sobre los ojos de él, y sus piés y manos sobre los piés y manos de él; y de esta manera proporcionando sus cuerpos, y haciéndolos semejantes al cuerpo del niño muerto, le dieron vida. Pues esto mismo hizo nuestro grande Dios, acomodándose y haciéndose semejante al hombre, de la manera que está dicho; y así le restituyó la vida de gracia, que por el pecado y falta de amor habia perdido; y de esta manera quitó las nieblas de nuestros entendimientos, y las ignorancias que de él teníamos. Porque con esto nos declaró la providencia y cuidado que tenia de las cosas humanas, y la misericordia para socorrer á nuestras miserias, y el amor que tiene á la virtud, y el aborrecimiento del pecado, pues murió por destruirlo. Lo cual todo en pocas palabras nos representa la Iglesia, cuando canta que por el misterio del Verbo de Dios encarnado se dió nueva luz á los ojos de nuestra ánima (2), para que conociendo á Dios hecho ya visible, nos levantemos al conocimiento y amor de las cosas invisibles, y, como dice san Buenaventura, viendo á Dios vestido de carne, le pudiesen conocer, imitar y amar los corazones de carne. Por donde dice san Bernardo (3) que viendo Dios á los hombres hechos carnales, les puso tan grande dulcedumbre en la carne que por ellos tomó, que ha de ser de durísimo corazón quien no le amare con todas sus fuerzas; y el que ántes no amaba á Dios, considerándolo en espíritu, lo ame ahora viéndolo hecho carne.

(1) *3. Reg.* 17. *4. Reg.* 4. (2) *In Præfatione Nativ. Dom.* (3) *In Natal. Dom. serm.* 3.

§. II.

No contento el Salvador con quitar á nuestro amor los impedimentos, le puso los mayores incentivos.

Mas no contento este Señor con habernos quitado todos los impedimentos de este amor, como está dicho, acrecentó los mayores estímulos y motivos de amor que se podian hallar. Porque demas de la imágen y semejanza que tomó, haciéndose hombre y vistiéndose de nuestra carne, ofreció su vida á la muerte por librarnos de ella; que es el mayor indicio de amor de cuantos hay. Y así dijo él (1): *No hay mayor muestra de amor, que poner el hombre su vida por la de sus amigos.*

Mas para ponderar la grandeza de este amor, conviene poner ante los ojos todo lo que este grande amador por nuestra causa padeció. Porque bien mirado, ¿qué son todos los dolores de su ánima, y todas las llagas de su cuerpo, sino testimonios de su amor y voces que nos predicán la grandeza de él? Y quien le contempla de piés á cabeza cubierto de llagas, en cada una de ellas halla una fuente de amor: para que así veamos con cuánta razon dijo el Salvador, que habia venido á poner fuego en la tierra, y deseaba que ardiese.

Por donde concluye san Agustín (2), que una de las mas principales causas por que el Salvador vino al mundo, fué querer encender nuestros corazones en su amor con esta tan grande muestra de amor, por ser este el mayor estímulo de amor que hay. Lo cual prueba el mismo santo por el ejemplo de los amores profanos; porque una de las cosas que mas procuran los que desean ser amados de alguna persona, es declararle por obras ó por palabras la grandeza del amor que le tienen.

En lo cual todo se ve lo que al principio propusimos, esto es, cuán conveniente medio fué este que la divina bondad y sabiduría escogió para nuestra salud, pues tantos y tan grandes estímulos por aquí se nos dieron, no solo para el amor de nuestro Criador, que es lo principal, sino para todas las otras virtudes, como está ya declarado. Y no es menester mucha filosofia ni mucho discurso para el conocimiento de esta verdad, porque basta poner los ojos en la mudanza que hizo el mundo despues

(1) Joann. 15. (2) August. de catech. rudib. cap. 4.

de la venida del Salvador á él; porque luego vimos tanta muchedumbre de santos y santas, tantos enjambres de monjes que moraban en los desiertos, tantos coros de purísimas vírgenes, y tanta infinidad de mártires gloriosísimos que despues de esto se siguieron: donde vimos los altos abajados (1), los furiosos amansados, los soberbios humillados, los disolutos recogidos; donde se juntaron los lobos con los corderos, y los leones con los becerros, sin recibir algun daño de ellos. Por las cuales semejanzas nos declaran los profetas el estado en que el mundo estaba cuando el Salvador vino á él, y la mudanza que hizo despues de su venida. Por donde así como conocemos la excelencia de la medicina por los efectos que obra en los cuerpos de los enfermos, así conocemos la virtud y eficacia de la venida del Salvador al mundo por los efectos y mudanzas que con su venida obró en él.

CAPÍTULO. X.

De las preguntas que se pueden hacer sobre el misterio de la sagrada pasion, y de las respuestas de ellas.

Declarada la razon y conveniencia de este misterio divino, quedanos ahora responder á algunas preguntas que la prudencia humana puede hacer acerca de él. Entre las cuales la primera es, maravillarse los hombres de que aquella altísima Majestad descendiese á juntarse con una cosa tan baja como es la naturaleza humana: despues de esto se maravillan de la grande humildad, pobreza y aspereza de vida en que este soberano Señor vivió. Estas cuatro preguntas se proponen en los cuatro postremos capítulos del tercer tratado de este *Sumario*; y en ellos hallará el prudente lector la respuesta de ellas; y por eso no hay para qué repetir las aquí.

Esto baste para despertar el ingenio de los obreros de este santo oficio. Para lo demas podrá ayudar lo que está escrito en esta quinta parte, ó en nuestra *Introduccion del Simbolo de la Fe*; pero mas ayudará la experiencia del negocio, y el favor y espíritu de aquel Señor de quien está escrito (2): *Dominus dabit verbum evangelizantibus, virtute multa. Cui est honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

(1) Isai. 11. 40. 65. Luc. 1. (2) Psalm. 76.